

## “CUENTO DE VIDA Y MUERTE”

*Iván Fallas Mora\**

Sale de la casa con la misma actitud de siempre.

\*Y esto me hace preguntar algo: ¿domina la actitud al entorno, o será al revés? ¿Puede alguien cambiar si su alrededor sigue igual? después de todo, hemos aprendido a vivir por lo que tenemos en frente, no por lo que tenemos dentro. Hemos sido aprendidos; o más bien, adaptados a una felicidad externa, sea material o “espiritual”, bien puede ser afectiva... no importa, perfectamente puede hacernos falta un sintético, una creencia o un carne y hueso, finalmente su ausencia nos hace infelices, y es de esta forma, porque el dueño de nuestras emociones es el mundo externo. No somos más que un hermoso ave colorido, encerrado en el ojo del huracán, no somos más que un niño que aprendió a manipular su inteligencia en busca de su placer manifiesto en formas, pero que nunca podrá borrar las enormes letras doradas en el transcurso del tiempo que dicen que una vez fuimos pulcros infantes, ajenos pero expuestos a la patraña del hoy día. Y es esto lo que me hace decir, que quizás en algún momento el hombre dominó su reacción ante su entorno. Pero para el momento en que ese muchacho sale de su casa -desde el Kinder, que aprendió a ir sin su mamá- esos días de dominio se esfumaron. Entonces, cuando sale de su casa, su actitud es siempre la misma porque el entorno nunca cambia.

Dobla a la derecha una y otra vez, camina... y llega a la estación del bus. Allí, no dice ni una palabra; ya sea que se monte en el bus, o que

tenga que esperar a que este llegue. Quizás porque los únicos oídos en disposición de escucharle son los suyos, aunque a veces hasta de ellos duda algún poco de atención. Casi siempre, se sienta en la región central del bus (en la parte derecha) y por un instante mira a la gente de la soda “La Parada”. Después, saca un libro y lee unas cuatro o cinco páginas, hasta llegar a punto en que los baches convierten las calles en rodeo, al bus en toro mecánico y a él... un desconectado lector que tendrá que perderse en su eterna reflexión. Espera un par de cuadras hasta bajarse del bus -en realidad, son unas siete u ocho, pero ¡shhh!... a él le gusta pensar que son dos, para hacer el viaje más corto: mera autosugestión- parecen eternas, pues el compañero de papel, tinta y relatos magníficos ya no está. Ya no se siente como un niño con su abuelo y su olor a vejez y café chorreado, contándole historias que nunca ocurrieron, pero que dieran fuerza a su capacidad de soñar y con ello a su voluntad. Más que tedioso, es un trayecto de dolor, pues la gente de la calle -al menos la gran mayoría, a excepción de unos pocos y; obviamente, los hijos del viento- parece no sufrir de la soledad que él sufre, por lo que nadie se preocupa por el hombre/muchacho solitario del bus.

\*Y con todo lo que veo de la vida del “mae” este, me pregunto si habrá sido mejor para él, no darse cuenta nunca de todos estos problemas de la humanidad -no de las consecuencias, como el hambre o la pobreza, sino de la raíz del asunto- porque parece que esto le ha alejado de la magia de la convivencia que tiene el hombre.

---

\* Estudiante de la carrera de Filología, Universidad de Costa Rica.

Pero él insiste que en general es mejor, aunque no para él. Cree que en el proceso revolucionario, han de haber algunas almas sacrificadas en el camino, como la del Ché y las sombras de sus abuelos, todos consumidos por el “ardiente sol del Imperialismo”, diría el nunca publicado e incomprensible Fallas Mora en uno de sus nunca leídos poemas.

Cuando se baja, camina al frente y cruza la calle. \*Y es extraño, porque las personas -al menos la gran mayoría que conozco- piensan cuando están solas, ya sea en el amigo que rió o el que no lo hizo, en el día que les espera mañana o la vez que caminaron por esa misma calle, hace tan sólo dos semanas. Cavilan con la terca idea de que van tarde, otros con que talvez sería mejor ni siquiera llegar. Unos tratarán de adivinar qué pensará el vecino, mientras este dirá: “¿qué diablos me ve este idiota?”.

Algunos desean no pensar, pero con esa idea fija ya lo están haciendo; mientras otros -por el contrario- creerán que en momentos duros lo mejor es pensar muy detenidamente...

Pero entre que la rutina vive durante esa caminata, incluso su pensamiento abandona a su supuesta autoridad y le deja solo en el mundo del tránsito matutino, saludos veloces y “gentiles”, pasos acelerados y caras serias, manos que piden dinero, rostros que ignoran y desprecian, ruido citadino y movimiento apresurado. Y es entonces, en esos instantes de agitación y perturbador escándalo que su pensar se hace cómplice del juego de la soledad imperdonable y le abandona, cual niño que da cuerda a su carrito y le coloca sobre la calle, hasta que el súbito peso de un magnate de hojalata le aplaste u otro niño lo rescate antes de la catástrofe\*. Camina por el lado izquierdo, dobla en la misma dirección y cruza, ahora camina por el lado derecho unos cien metros, desvía a ese lado pero ahora cruza para ir por la izquierda. Después, dobla a la izquierda y... ¡exacto!: al lado derecho de la calle. Cincuenta metros más a la derecha y a esperar el bus. Para ese momento, ya lleva de veinte a treinta minutos tarde, pero eso le es completamente indiferente: no le interesa en absoluto el lugar al que se dirige -quién sabe si por la voluntad que perdió en los tiempos de su niñez, o porque se dirige a desobedecer a sus

propios principios- además, tampoco la gente de ahí se interesa por él, así que da igual si llega cuarenta minutos tarde... o si nunca lo hace.

A los cinco minutos promedio, toma el bus que lo llevará a su destino.

Poco trayecto como para sacar el libro y leer, por lo que espera hasta llegar a su parada. Es un instante largo: hay demasiada gente allí afuera, pero ninguno se percata de la presencia de él.

\*Es curioso, día tras día caminamos por las calles y cruzamos decenas, centenas de personas; ¿cuántos de ellos irán con la mirada baja? ¿Cuántos lo harán por pena y cuántos por reflexión?, ¿cuántos por ocultar el dolor plasmado en sus ojos como lágrimas?, ¿y cuántos lo reflejan con un morete? ¿Cuántos de todos ellos irán pensando en la muerte? Son muchos cuántos, pero para ninguno hay respuesta, ¿saben porqué?: porque a ninguno de la decena o centena le preguntamos: ¿estás bien?

Y es fácil tener una vida propia y pedir consuelo cuando se requiere, pedir una voz cuando todo es silencio; pero ¿cómo es para esas personas que cruzamos en la calle? de esas miles que vemos a nuestro alrededor, ya que hay muchas que a nadie tienen. Pues bien, es eso lo que el hombre/muchacho hace en ese bus mientras llega: ver a las miles de gentes, para aprender a ver a los que a nadie tienen y así poder dar algún día resultado a la pregunta de “cuántos”.

Antes de bajarse:

- ¡Gracias!

Siempre igual: desalentado, aunque trate de sonar dinámico. Antes cruzaba la calle en el primer momento que fuera posible; ahora, espera a que el semáforo le diga:

- Cruza... ¡buena suerte!

Camina unos cien metros y entra al edificio: indiferente a su presencia, como si él fuera un fantasma en cautiverio.

En ocasiones, antes de continuar el paso, entra al baño de hombres; la razón... más que evidente: su alma se resiste a la tortura; quiere gastar tiempo. Pero para su desgracia el tiempo corre sin parar, y el suyo ya se ha acabado; ahora es inevitable: debe entrar al salón.

Directamente se dirige a un asiento, no mira a nadie mas que a la mujer que una vez

le llamó la atención: hermosa como siempre, y como siempre guarda en su mirada lo que también él posee: tristeza. La verdad, es que él volvería su mirada hacia alguien, si tan sólo alguien volviera la suya hacia él, pero nunca es así: no es más que "un fantasma en cautiverio". Y ciertamente la gran mayoría sí lo vuelve a ver, pero lo dejan de hacer al darse cuenta que quien entró e interrumpió la atención de la clase es él.

En realidad, nadie hubiera dedicado una mirada hacia ese punto, si hubieran sabido en un principio de qué se trataba.

Y ahí está, sentado solo en una clase de más de treinta personas, de los cuales al menos a veinte les ha visto el rostro desde hace más de cinco meses. Todos conversan, pero él calla; sólo mira el rostro de la gente riendo (viviendo): parecen felices, pero él apuesta a que no todos lo son.

\*Es como él los lunes; ¿quién diría que es infeliz? pero las sonrisas engañan. Es como él mismo cuando está con ella –cualquier día con ella serviría como ejemplo- ¿quién diría que es infeliz? pero las sonrisas engañan. Y eso ha aprendido el hombre/muchacho desde los tiempos en que su sonrisa se separó de su niñez y su alma, desde que ha observado a la gente en los buses y las aulas... desde que ha empezado a responderse "cuántos". Por eso él cree que no todos son felices, porque en ese momento el entorno los abrume y les da la bienvenida, pero ¿qué pasará cuando lo único que los abrume sea su propia presencia?

En fin, ¿en qué estaba?... cierto. Algunas veces, ni siquiera mira a la gente, sólo concentra su vista en un punto fijo y se pierde en él. \*Como si mirara al mundo entero a la vez que a aquel punto, como si todos fueran uno: tiempo, espacio... y vida, para así ser todos uno y uno poder ser todos. Tal vez así, su alegría nunca hubiera sido suficiente con verla en alguien más, sino al ser parte de una felicidad magna y universal, no desperdigada, mal repartida y efímera como lo es en realidad.

Espera hasta el descanso; cuando finalmente llega, se sienta en el pasillo junto a la puerta y su amigo de relatos magníficos. Varios compañeros pasan una y otra vez, algunos hasta se sientan cerca, pero nadie se percata de la

sombra de la muerte que descansa junto a ellos; el dolor vaga por el aire, pero la gente nunca aprende a reconocer cuál es su fuente de origen, ni a quién abate con mayor fuerza. Entran de regreso al aula, y se repite la historia: junto a una treintena de personas que entre sí conversan... mas él calla.

Al terminar la clase, todos esperan a alguien; él sale como el viento por ventana sin vidrio: nada lo detiene. Nadie pregunta, nadie saluda ni se despide, nadie...

Iría al laboratorio de computación y se sumiría en el monitor, a navegar en algo que le aburre, para -como él diría- "distraer la rutina"... aunque hay un pequeño detalle que se le escapa: hace ya tiempo que se le hizo rutina.

\*Es extraño, porque a medida que más independientes queremos ser, más monotonía creamos en el diario vivir -y la explicación a esto el muchacho/hombre ya la tiene, aunque aún no puede eludir esa rutina- es como si fuéramos incapaces de manejar nuestra propia vida. Y es entonces, cuando más hundidos estamos y no aparece salida alguna, que pedimos ayuda y deseamos ser Brisa, Abigail Princesa o los viejos que luchan contra el P.D. y el Proyecto Pre-Génesis: tener nuestro destino en manos de otro. Y es que en ocasiones parece ser mejor de esta forma, así nunca nos daremos cuenta de la razón del hambre o la pobreza, simplemente reclamaremos al gobierno "manos en el asunto", o como máximo, daremos un plato de comida al hambriento y una moneda al necesitado; aunque la razón siga ahí, y algún día acabe con todas las monedas y platos de comida del mundo.

Pero -como dirían los especialistas en chisme- "para no cansarlos con el cuento", aquel jueves era algo distinto: salió de la clase y no pensó tan siquiera en el laboratorio, pues ya tenía otro destino en mente. Llega al pasillo principal de la universidad y se sienta a esperar. Decide sacar el libro y leer algo que le aleje del constante y eterno segundero, pero la impaciencia no lo deja, por lo que empieza a escribir cómo es un día de esos en que tiene que ir a clases, los jueves por la tarde.

Mientras escribe, ve pasar a la gente igual que siempre: nadie se percata de él. Entre los

peatones, pasa la mujer uniformada que una vez, en veinte minutos lo convenció de qué y dónde estudiar: ya no lo saluda como antes; es obvio: ya él es alumno y ella cumplió su trabajo.

Está a punto de finalizar su escrito, y está triste, pues todo cuanto escribe refleja plenamente su anónima realidad. Pero ahora espera a alguien, alguien que con la misma ansiedad del primer beso y la “primera vez”, la misma ansiedad con que un viejo moribundo espera a su mujer de toda la vida para morir tranquilo, y

la misma ansiedad con que una madre sostiene al recién nacido: pequeño, llorón, húmedo: hijo; alguien que con toda esa ansiedad reunida le espera a él.

Entonces, para por un instante... aún no llega, pero ya lo hará, y cuando así sea, dejará de ser un fantasma, para ser miembro selecto junto a ella; miembros de la orden de los miles de infelices que irónicamente no se sienten como tal, por lo que no dejan nunca de contar “cuántos”, pues son parte de la una y la otra: muerte y vida.